

La paradoja de la economía argentina

PAIS RICO, PAIS POBRE

Carlos Rodríguez Braun

La evidente pobreza de la República Argentina constituye una paradoja económica de primera magnitud. Un país rico resulta ser un país pobre.

La paradoja tiene una doble cara. Lo que suele chocar a los observadores es que una nación con tantos recursos no sea capaz de transformarlos en riqueza y bienestar. Pero hay otro aspecto: la Argentina no ha sido siempre pobre. Este segundo aspecto es el crucial. Para un economista, en cambio, el primero no representa dificultad alguna.

Cuando hace más de dos siglos Adam Smith se preguntó - por la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones -y - escribió un libro con ese título, que es la pregunta económica - por excelencia- tenía muy claro que los recursos no son necesarios ni suficientes para el crecimiento.

Mucho más importantes son, en cambio, la extensión del mercado y un marco institucional de paz, orden, justicia y respeto por los derechos de propiedad. Así, se comprende que los cuantiosos recursos naturales y humanos de que gozan los argentinos - valgan para poco en un contexto de inflación, mercados restringidos, violencia, desorden, y mal funcionamiento jurídico e institucional, como el que ha caracterizado a la historia de la Argentina en décadas recientes.

Veamos el otro punto: la Argentina es pobre hoy, pero - no lo ha sido siempre. Esto es una verdad indiscutible, refrendada por el hecho de que durante al menos cincuenta años, entre 1880 y 1930, el país atrajo a vastos capitales extranjeros, en especial el capital más valioso: el humano, como bien recuerdan los europeos, y en especial los españoles.

Esos masivos movimientos de dinero y personas no eran - casuales. La Argentina era el país de las oportunidades, para capitalistas y trabajadores -la prosperidad, por cierto, no fué patrimonio de unos pocos: en esos años el salario de cualquier trabajador no especializado podía triplicar al vigente en España.

La Argentina era, fuera de toda duda, un país de los - más ricos del mundo, entendiendo la riqueza como lo hacen los economistas modernos, a saber, riqueza por persona.

¿Qué ocurrió?. En los primeros treinta años de este siglo, el PIB per capita de la Argentina creció en torno al 2 por - ciento anual en promedio, es decir, bastante por encima de Brasil,

Canadá, Australia e incluso de los Estados Unidos. Desde entonces, la situación ha sido la inversa: Argentina creció muy poco y se ampliaron agudamente las diferencias que la separan de otros países de estructura similar.

La crisis de 1930 golpeó duro a la economía Argentina, pero mucho más duro a la doctrina económica, y el país optó por subirse a la ola de planificación, intervencionismo, proteccionismo y "desarrollo hacia adentro" que recorrió iberoamérica.

El aumento del tamaño del Estado y los límites al funcionamiento del mercado fueron doctrina establecida en la Argentina del último medio siglo, y defendida por virtualmente todos los gobiernos -que fueron muchos-, militares o civiles, democráticos o dictatoriales.

El progreso económico, que lo hubo, se vió así fuertemente distorsionado por una industria protegida y restringida - al insuficiente mercado interno, un sector agrícola castigado - mediante impuestos a la exportación y tipos de cambio perjudiciales, unos sindicatos poderosos y una legislación laboral muy proteccionista que minaron la flexibilidad del mercado de trabajo, y un Estado cuya ineficacia aumentaba en proporción directa con su volumen.

Casi podría decirse que la economía argentina creció más a pesar de los gobiernos que gracias a ellos.

Pero la incorrecta asignación de recursos tarde o temprano tenía que dar sus frutos de freno a la productividad y al crecimiento. Entonces el Estado se vió atrapado por el déficit y comenzó la inflación.

Y la inflación, de consecuencia de la financiación de los déficit públicos, se volvió (debido, entre otros motivos, - a los cuantiosos recursos que la población debe asignar simplemente a escapar de ella) causa del empobrecimiento generalizado de la Argentina, patente a partir de la década pasada, y deflagró un círculo vicioso de más pobreza y más inflación que los sucesivos gobiernos fueron incapaces de romper.

La Argentina, que padece un incremento anual de precios de tres dígitos desde hace veinte años, es el mejor ejemplo de los efectos deletéreos de la inflación sobre el crecimiento, efectos que se concretan en graves distorsiones en el funcionamiento de los mercados, las decisiones de inversión, la asignación de recursos y las finanzas públicas.

Tras el fracaso de múltiples planes de ajuste, que sólo lo detenían la inflación unos meses, la idea de que hay que reestructurar al Estado se va imponiendo de forma implacable y casi podría decirse que permea hoy a todas las formaciones políticas argentinas.

El problema es que media una enorme diferencia entre sanear al Estado en un país cualquiera y hacerlo en la Argentina.

Esa diferencia estriba en que el país tiene dos décadas de inflación, con ocasionales brotes hiperinflacionarios. En tales condiciones, el país se ha vuelto una gigantista Facultad de Ciencias Económicas.

Los agentes han dolarizado crecientemente a la economía y no tienen confianza alguna en el gobierno. Los contratos - en la Argentina, en general o están denominados en dólares o duran un segundo tiempo estimado en el cual la moneda local no - pierde significativamente valor. En esas condiciones de monetización reducidísima es extremadamente difícil hacer política económica. Por eso el último peligro de la economía argentina, la última paradoja, es que la reforma del Estado no sirva para frenar la inflación, es decir, que las autoridades no puedan generar el superávit a corto que necesitan para estabilizar el tipo de cambio - en una economía dolarizada, el fracaso en dicho objetivo - bloquea seriamente el control de la inflación. Los más pesimistas insisten en que no hay solución si el público no vende sus - dólares, o sea, si no aumenta la demanda de australes, y ésta no subirá sin duras medidas de choque que quiebren las expectativas inflacionarias de los argentinos.

¿Qué estrategia ha seguido la política económica del - gobierno de Menem? En primer lugar, un ambicioso plan de reforma del Estado, que comporta un fuerte recorte del gasto y la privatización de varias empresas públicas. Y en segundo lugar, una - "solución" al problema de la deuda interna a cortísimo plazo y - astronómico interés (la externa no se paga desde hace un año) mediante su transformación forzosa en títulos a largo plazo denominados en dólares.

Las dos medidas son de enorme importancia, acaso inevitables, pero tienen costes y limitaciones. El gasto público ha - ido bajando marcadamente en la Argentina, con el consiguiente impacto sobre los servicios públicos y la remuneración de los funcionarios. Es difícil que pueda bajar mucho más sin despidos masivos, algo difícilmente asumible por gobierno alguno, y quizás menos por uno peronista, que ya está sufriendo los embates críticos de su propio partido. Y la conversión obligatoria de la deuda interna - que drena la plaza de australes y obliga al público a vender dólares (esquema análogo al aplicado en Brasil después) es una suerte de expropiación que ha asestado un mandable a la - credibilidad, que es precisamente lo que el gobierno requiere - para recomponer la alicaída demanda de australes.

Aparte de la ayuda externa que pueda recibir Menem y - el efecto que la reforma del Estado (sin despidos) pueda ejercer sobre las vertiginosas expectativas de los argentinos, en los - próximos meses el esquema deberá probar su coherencia con el tratamiento del problema fiscal, que ya no es tanto de gastos cuanto de ingresos - la disciplina tributaria de los argentinos es en verdad idómita. Una cara del problema fiscal son las medidas proyectadas para la repatriación de los cuantiosos capitales argentinos fugados al exterior.

No es fácil saber si con ello se podría estabilizar el tipo de cambio, pero sí está claro que sin ello la economía argentina proseguirá en la senda de la pobreza y el atraso. Más aún, si el gobierno de Menem restaura la fiscalidad, controla el gasto, privatiza con prudencia y acierto y abre la economía, habrá hecho sustancialmente más que buena parte de (acaso todos) sus predecesores del último medio siglo.

No hay país rico con inflación. Pero sin inflación, no hay razón alguna para que la Argentina no vuelva a ser un país rico. Y España, que tiene grandes ventajas comparativas, al menos en lo político y afectivo, puede estar en una posición inmejorable para compartir una nueva "onda larga" de la prosperidad argentina.